

## UN ULTIMO ASPECTO DE LA ESTRATEGIA FRANCESA. LA DEFENSA DIRIGIDA, O «TODOS AZIMUTS» DEL GENERAL AILLERET

Pocos meses, muy pocos, antes de morir trágicamente en accidente aéreo (9-III-968) el general Ailleret, publicaba un artículo de gran importancia y trascendencia en la *Revue de Defense Nationale*, de París (diciembre de 1967)). El general Ailleret, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de su país, fue un verdadero técnico en cuestiones de defensa, impulsor de las experiencias atómicas francesas y el creador de la «Force de frappe». Había sido también embajador en Moscú y se le consideraba el tercer personaje de Francia en estas cuestiones relativas a la Defensa, después de De Gaulle y de Messmer.

El artículo a que nos referimos, titulado *Defensa dirigida, o Defensa «todos azimuts»*, define la proyección estratégica de la política militar del vecino país, en una forma clara y concreta, confirmando el camino hace tiempo emprendido por el Gobierno y proporcionando los argumentos, más o menos convincentes, que justifican o explican al menos las nuevas actitudes.

La llamada «disuasión francesa», puede manifestarse como tal gracias a la situación producida por las tensiones de la realidad política de los tiempos en que vivimos y particularmente de la etapa actual, caracterizada por una «coexistencia pacífica» entre los dos grandes, que se encuentran, según se cree, en un momento de equilibrio nuclear. En medio de ellos aparece Francia, como podía aparecer cualquier otra potencia nuclear secundaria o de tipo medio, que tuviera la situación geográfica de este país, sus recursos, sus medios y su prestigio.

Al pronto no podemos concebir a Francia, ni a ninguna otra potencia media, enfrentada a alguna de esas dos grandes potencias, y menos pretendiendo, aisladamente, ejercer por su cuenta disuasión alguna absoluta sobre

llas, pues la desproporción en potencial es demasiado grande. Francia, por sí sola, no puede desafiar ni a EE. UU. ni a las U. R. S. S., pero sí puede pretender hacer respetar y que se garanticen sus intereses vitales, exhibiendo unos medios nucleares suficientes. Esto ciertamente no es desafío, pero se le puede parecer un poco, salvando las diferencias, y así Francia, situada en el juego de la disuasión que las dos grandes potencias ejercen entre sí y de un modo recíproco, puede en alguna forma manifestarse y actuar. En qué puede consistir la disuasión entre potencias nucleares medias, es materia complicada en que no podemos entrar profundamente ahora, pero podemos superficialmente conjeturar con el caso concreto de Francia, que puede representarlas.

Es evidente que no siendo Francia una gran potencia nuclear, no puede entrar en el juego disuasivo existente entre EE. UU. y la U. R. S. S. ¿Cuál es, pues, su juego? Bien claramente está definido hoy por varios tratadistas. En síntesis, Francia trata de aprovechar, dentro del conflicto existente entre los grandes, las ocasiones que se presenten de defender sus intereses vitales en determinadas zonas que son marginales para los grandes y en las que ella puede, mediante la intimidación, promover una política propia.

La tesis de la mayor parte de esos tratadistas franceses, a este respecto, sostiene que su país es clave en la estrategia europea. Parten de la idea de que Europa constituye un factor decisivo en el equilibrio mundial, ya que quien la domine se asegurará la hegemonía definitiva. Dentro de Europa, dicen que Francia es la pieza que ninguno de los grandes toleraría fuese destruida o dominada por el otro. Tales tesis, que pueden parecer más o menos atrevidas y concluyentes, están, sin embargo, sirviendo de base a la política de Francia en relación con la Alianza Atlántica y a su empeño de ascendente nuclearización. (Francia necesita, según el general Ailleret, misiles megatónicos de alcance mundial.)

Con adecuados medios nucleares—armas nucleares y sus vectores correspondientes—; es decir, con su Fuerza Nuclear Estratégica, Francia podrá, en potencia, causar a un posible adversario daños que éste no pueda soportar. Supone esto el principio de una posibilidad de disuasión efectiva, con la cual Francia, aprovechando, como decimos, e insistimos, el estado de conflicto entre los grandes, tratará de promover su política, como fruto de un juego adecuado.

Por eso nos dicen algunos tratadistas que Francia, con su Fuerza Nuclear Estratégica, lo que consigue es aumentar su «libertad de acción» y, como

consecuencia, intervenir con cierto peso en el concierto internacional. Señala el general Ailleret que es fundamental el desarrollo de esa Fuerza Nuclear Estratégica hasta hacer de ella una «fuerza termonuclear de alcance mundial», y aún más, señala que hay que establecer las condiciones técnicas que le permitan, a dicha Fuerza, convertirse por extrapolación, después, cuando sea necesario y posible, en una «fuerza espacial».

El papel que la Fuerza Nuclear Estratégica francesa desempeña como factor disuasorio ha de ser valorado en una perspectiva de largo plazo; es decir, no sólo por lo que actualmente representa, sino por lo que puede representar en plazo más o menos largo. Para una valoración más completa habría que considerar los diversos factores: credibilidad, suficiencia, incertidumbre, etc. Veamos algo muy a la ligera:

Por lo que se refiere a «credibilidad», hay que tener en cuenta su desproporción respecto a la potencia de destrucción real que tienen los dos grandes, si bien por parte francesa los «Mirage IV» y las simples bombas A (es decir, la primera generación) es ya de por sí bastante considerable. Es imposible en el juego que se quiere hacer, valorar en absoluto. La situación internacional dirá cuál es la credibilidad de última hora: el momento en que Francia deba y pueda garantizar sus intereses vitales sin chocar con los de las grandes potencias, como «manifestación de la voluntad política de defender las posiciones francesas esenciales».

La «suficiencia» es función de las posibilidades de destrucción (destrucción suficientemente creíble) capaz de inquietar y presionar en esa inquietud. Otro factor a considerar aquí sería el de la «incertidumbre», que hace aumentar la «estabilidad nuclear», pues a un agresor eventual le sería difícil evaluar el grado de solidaridad y compromisos que la potencia nuclear secundaria—Francia, por ejemplo, y en este caso—tiene con cualquiera de las potencias grandes, en qué consiste y sobre qué asuntos se concreta esa solidaridad, si es que existe. De estar integradas estas fuerzas nacionales en alguna alianza, entonces no existiría la incertidumbre. Pero los argumentos aquí están un tanto forzados y no será posible darles carácter absoluto. ¿En qué situación real de conflicto podría ser esto verdadero?

En fin, para los franceses la Fuerza Nuclear Estratégica es esencialmente un arma de disuasión. Y así debe ser, pero sin olvidar que casi únicamente, y esto ya es más lógico, apoyándose en la improbabilidad de una guerra nuclear. Y siempre a base de que estas fuerzas—como las otras fuerzas.

armadas—puedan entrar en acción oportunamente y realizar destrucciones proporcionadas.

Muy en síntesis puede decirse que el problema de la defensa de Francia (y en cierto modo el de cualquier país potencia nuclear media) puede considerarse en uno de los siguientes aspectos: o bien integrados en una alianza, o bien como un poder independiente.

Refiriéndonos ya concretamente a Francia, hemos visto su animosidad contra lo primero, su resistencia e incluso su enérgico y contundente apartamiento de la organización militar de la Alianza a la que, naturalmente, pertenece. Creen algunos estrategas franceses que si la seguridad propia queda confiada a la organización, dependería prácticamente del poder y la voluntad de la nación más poderosa de la Alianza, y que puede ocurrir que por alguna razón superior los aliados no acudieran a defenderla en determinadas circunstancias en que de verdad peligrase. En cambio podría verse Francia arrastrada a guerras en las que no tuviera interés alguno. Todo lo cual se podría traducir en desaparición, por atrofia de medios, de la autonomía defensiva, y al final, en pérdida de la independencia.

Distinto es lo segundo: es decir, conseguir crear con medios propios una fuerza autónoma, una defensa adecuada, no dirigida contra nadie en especial. Esta defensa es la que el general Ailleret pide que pueda ser ejercida en todas direcciones, «todos azimuts», puesto que no se sabe realmente por dónde vendrá la amenaza, y de alcance mundial, es decir, capaz de intervenir en cualquier parte, y precisamente de carácter disuasorio, al objeto de evitar la guerra, si es posible, y, de lo contrario, luchar en las mejores condiciones.

Tal estrategia requiere, en primer lugar, esa Fuerza Nuclear Estratégica, termonuclear, de alcance mundial a que antes nos hemos referido, y que será el instrumento que permitirá escapar del conflicto generalizado. Pero también debe contar con las fuerzas llamadas de batalla, aeroterrestres y aeronavales, capaces de operaciones en ambiente atómico y de poder actuar fuera de las fronteras. Igualmente exige no olvidar los esfuerzos para organizar la defensa operacional del territorio que permitirá rechazar las invasiones y resistir en los reductos regionales extremos en caso de producirse. En definitiva, permitir al país colocarse en condiciones de determinar libremente su destino. Un sistema así no puede estar terminado antes de veinte años, según el general Ailleret, quien se pregunta en seguida cómo estará el mundo para esas fechas.

Pero la pregunta final, que tiene un gran contenido, es: ¿Qué otra solución permitiría a Francia sobrevivir en el escenario internacional como entidad política independiente?

Todo lo que ha sido objetado a las ideas del general Ailleret puede reducirse a dos o tres importantes observaciones. La solución que ofrece es aceptable para el problema que plantea y tal y como se plantea. Es un problema general, para cualquier nación de ese nivel nuclear; pero claro, Francia, al menos para los franceses, no hay más que una, y es a esa Francia a la que se concede al mismo tiempo el valor de ser pieza clave, fundamental, en la defensa de Europa Occidental, y el privilegio de poder elegir el papel internacional que quiera y adoptar la postura que prefiera entre los dos poderosos grandes nucleares, y la actitud que le convenga en el conflicto entre ambos, respaldada por una fuerza de disuasión propia.

La objeción principal consiste en que todo ello, a la hora de la verdad, en el momento del verdadero conflicto, iba a servir para poco, pues cuando hablamos de *azimuts*, naturalmente nos movemos en un plano horizontal (tales son los ángulos azimutales), y parece, gráficamente hablando, que nos olvidamos de que la guerra, hoy más que nunca, se hace en tres dimensiones espaciales, y aún en otras más, que son más difíciles de representar o reducir al plano horizontal: la dimensión económica y la dimensión retaguardia; es decir, la que podríamos llamar «azimut interior» (es la quinta dimensión y véase como coincide con aquello otro de los quitacolumnismos).

Ya sabemos que nada de eso es olvidado ni dejado de tener en cuenta por el general Ailleret en sus ideas y planes, ya expuestos anteriormente en la Escuela de Altos Estudios Militares de París; pero de todas las maneras, y precisamente por eso, se puede poner de relieve que las conclusiones a que llega en lo que a la actitud de Francia se refiere, son un verdadero ideal general y al mismo tiempo constituyen un lujo; es decir, exigen una cantidad de medios y disposiciones que muy pocos países podrán tener. La prueba está en el caso particular de Francia, que por el aumento que todo esto supone en el presupuesto de la Defensa, se ha originado, al conocerse, el consiguiente revuelo, y el Gobierno tendrá durante el año 1968 que explicar el alcance de los proyectos. Como nos dicen informaciones autorizadas, en las dos Cámaras francesas se ha preguntado si las declaraciones del general Ailleret reflejaban postura oficial en materia de Defensa y de Política Internacional. El propio ministro de Defensa, respondiendo a preguntas de periodistas, dijo

JUAN DE ZAVALA

que conocía el artículo del general y que, naturalmente, el Gobierno estaba enterado, lo cual da base para pensar que esas ideas son puntos de vista oficiales, en perfecto acuerdo con la política de los últimos años y con lo que el presidente, general De Gaulle, viene diciendo en sus discursos, como, por ejemplo, en el de 3 de noviembre de 1959, nada menos en la Escuela Militar de París, con el que ya puso un buen cimiento: «Hace falta que la defensa de Francia sea francesa...; por consiguiente, es necesario que sepamos proveernos en los años venideros de una fuerza capaz de actuar por cuenta propia y que pueda hacer sentir sus efectos sobre cualquier punto del planeta».

Madrid, 20 de mayo de 1968.

JUAN DE ZAVALA.

*CRONOLOGIA*

